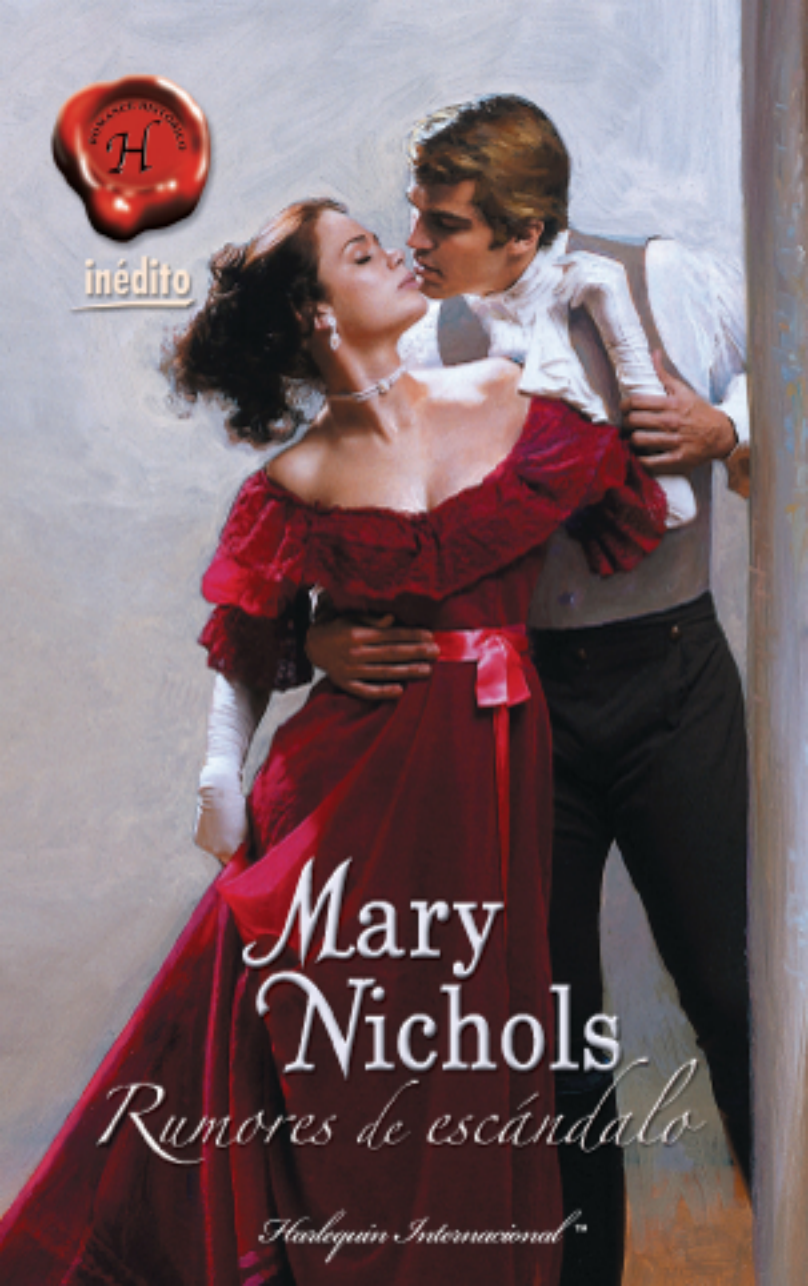

inédito
Mary Nichols
Rumores de escándalo
Harlequin Internacional

Mary Nichols

Rumores de escándalo



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2006 Mary Nichols, Todos los derechos reservados.
RUMORES DE ESCÁNDALO, Nº 432 - 1.5.09
Título original: Talk of the Ton
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-7227-0
Depósito legal: B-12932-2009
Editor responsable: Luis Pugni

Uno

La joven que estaba sentada en una silla desvencijada del cobertizo, observando cómo aquel hombre cuidaba con cariño de la delicada planta que había estado regando, llevaba puestos unos pantalones masculinos embutidos en botas de montar, camisa color crema con las mangas subidas y un delantal de tela de saco. Tenía el cabello recogido bajo un pañuelo. Las prendas eran viejas y un tanto gastadas, pero eso no disimulaba el hecho de que estaban bien cortadas y que en el pasado, muchos años atrás, fueron la cúspide de la moda masculina.

—Me gustaría ir a recolectar plantas —dijo ella con nostalgia observando los dedos hábiles del joven. Los tenía sucios y destrozados, pero se había acostumbrado tanto que ella ni siquiera se dio cuenta, como tampoco era consciente de la incongruencia de su propio atuendo y del hecho de que sus uñas tampoco estuvieran precisamente inmaculadas.

—Puedes ir. Si miras con cuidado, verás que el monte está cubierto de plantas.

—No, me refiero a explorar en países lejanos, subir al Himalaya, recorrer la China o montar en burro en México.

Su interés por la jardinería se había disparado cuando, siendo una niña pequeña, vio al jardinero Joshua Pershore trabajando en el jardín.

—Las plantas son como las personas —le había dicho él—. Si cuidas de ellas, te recompensarán con años de placer.

Ella le había preguntado si podía tener un trozo de jardín sólo suyo, y Joshua le había enseñado a preparar la tierra, sembrar y dividir las plantas para obtener más. Había visto crecer su propio jardín, observando emocionada los primeros copos de nieve, los delicados pétalos de rosa y el modo en que los bulbos morían cada año para renacer la siguiente primavera. Y cuando descubrió que Toby compartía su pasión, se forjó un lazo entre ellos que en ocasiones los llevaba a un reino de fantasía.

Ella soñaba con emular a los grandes botánicos como sir Joseph Banks, que había viajado con el capitán Cook y había transformado los jardines reales de Kew en un fabuloso jardín botánico con especímenes procedentes de todo el mundo. Muchos otros botánicos habían despertado su interés, hombres como Francis Masson y David Nelson. Ambos estuvieron con el capitán Cook cuando lo asesinaron unos nativos hostiles, y también más adelante en el desventurado viaje con el capitán Bligh en el que la tripulación del barco se había amotinado. Ese suceso provocó que el nombre del capitán pasara a la histo-

ria, pero David Nelson perdió todos sus especímenes.

—Tendrás que casarte con un hombre rico, y tal vez él te lleve consigo.

—Prefiero ir contigo.

—Entonces tendrás que esperar mucho. Necesitaría un patrocinador millonario que lo pagara todo, y no sé dónde voy a encontrarlo.

—Entonces, ¿para qué hablar de ello?

—Puedo soñar, ¿verdad?

—Sí, y yo también.

Toby la miró de cerca. Ella no era consciente de lo hermosa que era, con aquel cabello castaño rojizo y los ojos marrones sobre aquella cara de óvalo clásico. Tenía la nariz recta y la barbilla firme, y él la amaba. Aunque nunca se lo diría; estaba muy por encima de él, y el hijo del mayordomo de la mansión de los Harley no podía aspirar a semejantes alturas.

—¿Es eso con lo único que sueñas? ¿No piensas en cosas como salir, ir a bailar, y que te cortejen todos los jóvenes solteros de la ciudad?

—Mamá siempre dice que tiene que celebrar un baile en mi honor —dijo la joven—. He conseguido retrasarlo hasta ahora, pero Livvy cumplió diecisiete años el mes pasado y dice que nos va a presentar a ambas en sociedad. Supongo que tendré que acceder por el bien de Livvy. Según mamá, no está bien que la hija pequeña se case antes que la mayor. Todo el mundo pensaría que me pasa algo raro.

—Así que no estás muy dispuesta a asistir a bai-

les y fiestas y a que te persigan los hombres más apuestos de la alta sociedad.

—Quiero hacer algo importante, algo que me haga famosa. Ser la mujer que descubrió una planta nueva desconocida hasta entonces para el hombre.

—¡Y tal vez los cerdos vuelen!

—Ése es tu sueño, y sé que tu intención es intentar que se haga realidad.

—Yo soy un hombre.

No hubo respuesta a aquella frase. La joven se puso de pie y se sacudió el polvo de los pantalones.

—Tengo que irme. Mi tío James va a venir de visita y debo cambiarme.

—El duque de Belfont —murmuró Toby—. Creo que le daría un ataque si pudiera verte ahora mismo.

Ella se rió y salió del cobertizo para tomar el sendero que llevaba a la casa.

Estaba muy bien vestir de manera excéntrica en los campos que rodeaban Beechgrove. Pantalones masculinos y camisa eran por supuesto la indumentaria más práctica para la jardinería. Pero sabía que no era el atuendo adecuado para una joven de diecinueve años que formaba parte de la alta sociedad. Su madre había renunciado tiempo atrás a reprochárselo, y sólo le pedía que no apareciera vestida así en público, y mucho menos delante de su tío, el duque de Belfont. El tío James nunca olvidaba su rango y se tomaba su papel de tutor muy en serio. Para Beth y su hermana, era demasiado rígido y duro, aunque su madre decía que sólo buscaba lo mejor para sus

sobrinas. Aquel día iba para ultimar los preparativos de la temida salida.

—Harriet, ¿es posible que ésa sea Elizabeth?

James estaba en el gabinete trasero de Beechgrove, que daba a la terraza cuyos escalones iban a parar a los impecables senderos y a los lechos de brillantes flores. Más allá, aunque quedaba cubierto por los arbustos, James sabía que había un huerto y una fila de invernaderos y letrinas. La figura que había aparecido en el sendero venía de aquella dirección.

Harriet dejó la bandeja del té sobre la mesa y se acercó a su lado.

—Sí, me temo que sí.

—¡Dios Todopoderoso! —James observó cómo Beth caminaba por el sendero con la cabeza hacia atrás y balanceando los brazos; si no hubiera sido por sus curvas femeninas la habría tomado por un muchacho.

—Le gusta ayudar en el jardín y ése es claramente el atuendo más práctico. Está decentemente cubierta y puede moverse sin prenderse la ropa en los pinchos de las plantas. Estaríamos todo el día remendando si…

James se giró hacia ella.

—¿Me estás diciendo que lo permites?

—Sí, siempre y cuando esté en el jardín y no tengamos visita.

—Entonces, mejor todavía que haya venido. Cuanto antes se instale en Belfont y aprenda cómo debe vestirse una dama, mejor.

—James, ella sabe perfectamente cómo vestirse y cómo comportarse. Estás siendo injusto con ella.

—¿Y cómo crees que reaccionaría un posible pretendiente al verla ahora?

—Pero ahora no hay nadie, y menos un pretendiente.

James suspiró y volvió a tomar asiento.

—Oh, Harriet, ¿por qué no volviste a casarte? No tendrías estos problemas si hubiera habido un hombre en esta casa.

—No tengo problemas, James. Estás haciendo una montaña de un grano de arena. Y no sentí deseos de volver a casarme. Y en cuanto a lo del hombre, ¿para qué iba a querer uno si ya te tengo a ti?

Él se rió de pronto, y la risa iluminó sus duras facciones, haciéndole parecer de nuevo el niño con el que Harriet había crecido y que de golpe se vio forzado a adoptar el papel de duque y cabeza de familia.

—¿Y Olivia? ¿Ella también se viste como un chico?

—No. Ha ido a montar con su traje verde —Harriet sonrió.

James aceptó la taza de té que le ofrecía.

—Entonces, ¿qué te parece si me las llevo a Belfont a pasar la temporada de baile? Tú solías venir todos los años antes de que me casara con Sophie.

—Necesitabas que ejerciera de anfitriona, pero ahora ya tienes a Sophie.

—Venid como invitadas. Sophie disfrutará de tu compañía y las niñas recordarán la temporada toda su vida.

—Gracias, James. Vamos a comentárselo a ellas durante la cena.

Comentárselo, pensó James, como si tuvieran la oportunidad de vetar la sugerencia. Pero decidió no hacer comentarios.

Cuando las dos chicas aparecieron en la mesa, ambas iban decorosamente vestidas. El vestido de Beth era de seda rosa con cuello de barco, y le enfatizaba los suaves hombros y el largo cuello. Un lazo ancho le marcaba la cintura. Se había peinado con un moño en lo alto de la cabeza. Livvy llevaba puesto un vestido azul que iba a la par con sus ojos. Ambas se inclinaron ante su tío.

—Buenas noches, tío —dijeron a la vez.

James se inclinó ligeramente.

—Elizabeth. Olivia.

—Oh, me temo que nos van a regañar —dijo Livvy mientras ocupaban sus asientos en la mesa y las doncellas comenzaban a servir—. Su Excelencia está muy formal.

Muy a su pesar. James se rió.

—En absoluto, pero sois dos jóvenes damas, y como tal debéis ser tratadas.

—¿Significa eso que vamos a tener más libertad? —preguntó Beth.

—¿A qué te refieres con «más libertad»? —quiso saber su tío—. No estáis confinadas, ¿verdad? Entráis y salís dentro de un límite razonable. Me atrevería a decir incluso que disfrutáis de más libertad que la mayoría de las jóvenes damas de vuestra posición.

Beth se dio cuenta de que la había visto cuando

regresaba a casa, a pesar de que se había cuidado de entrar por la puerta de la cocina para subir las escaleras que llevaban a su habitación. Eso significaba sin duda que su madre estaba contrariada, y lo lamentaba. Cuánto odiaba las antinaturales normas de la sociedad, que dictaminaban cómo debía comportarse. Si hubiera sido un niño… Beth sonrió para sus adentros. Entonces sería sir Harley, barón y señor de la mansión de Beechgrove.

Era una casa grande y sólida, construida un siglo atrás en ladrillo rojo. A Beth le encantaba, adoraba todo lo que había en ella hasta el último rincón, las grandes cocinas, las brillantes ventanas, la mezcla de mobiliario antiguo y nuevo, los jardines que la rodeaban, sobre todo los jardines. La gente venía de lejos para verlos y admirarlos. Beth había sugerido de broma que deberían cobrar por el privilegio, pero su madre se había mostrado horrorizada ante la idea. Su deber, decía, era ser hospitalarios.

—Estás sonriendo —comentó su tío mirándola—. ¿Quieres compartir la broma con nosotros?

—Estaba pensando en qué se sentiría siendo un chico.

Fue una respuesta inadecuada, porque le recordó a James lo que había visto.

—Elizabeth, no eres un chico, eres una dama, y llevar ropa de hombre no te convertirá en muchacho. ¿De dónde has sacado esas prendas?

—Las encontré en la buhardilla. Creo que eran de papá, de antes de entrar en el ejército. Debía ser muy delgado entonces, porque me quedan bien.

A él era a quien le había recordado al verla en el jardín, a su fallecido padre. Tenía el mismo modo orgulloso de caminar. ¿Se habría dado cuenta Harriet también? ¿Era esa la razón por la que lo permitía, para recobrar algo del esposo que había perdido, o para conjurar al hijo varón que siempre había deseado y nunca tuvo?

—Creo que ya va siendo hora de que asistas a la temporada de baile y aprendas lo que se espera de ti —aseguró James—. Y por supuesto tú también, Livvy. Cubriré los gastos de las dos.

—Oh, eso significa que todos los solteros pobres de la ciudad nos van a acosar —aseguró Beth—. Las famosas muchachas Harley, sobrinas del duque de Belfont, en el mercado del matrimonio, siendo objeto de atención de todos los granujas, jugadores y canallas que se atrevan a probar suerte. Sería espantoso.

—Debes tener una opinión muy pobre de mí si crees que permitiría que sucediera algo así —aseguró su tío—. Os protegeré de los indeseables.

—Y de cualquiera mínimamente interesante.

—En absoluto. Dame un margen de credibilidad.

—Beth, por favor, no te pongas difícil —le pidió Harriet.

—Lo siento, mamá, pero ya sabes lo que opino de las falsas maneras con las que se escoge marido. Quiero estar enamorada del hombre con el que me case. No me importa quién sea ni cuánto dinero tenga.

—Nadie te obligará a casarte, Beth —dijo James

con dulzura—. La idea es, sencillamente, presentarte en sociedad y permitirte escoger por ti misma. Tu madre se casó por amor, yo me casé por amor… no veo por qué no deberías hacer tú lo mismo.

—Dentro de lo razonable —añadió Beth pensando de pronto en Toby. Era muy natural con ella, pero es que se conocían desde que eran niños y habían crecido juntos, y sus diferencias sociales no eran importantes.

—Dentro de lo razonable —repitió James, como si hubiera adivinado sus pensamientos.

—A mí me gustaría casarme —intervino Livvy—. Tiene que ser guapo, por supuesto, y no demasiado mayor, pero lo suficientemente rico como para tener amplios establos. Los caballos deben ser su pasión.

James se rió.

—Entonces tendremos que buscar a alguien así. Pero no hay prisa, tú todavía eres muy joven.

—Y Beth debe casarse primero.

—Eso sería lo mejor —apuntó su madre.

—Entonces espero que no te pongas difícil, Beth —dijo Livvy girándose hacia su hermana—. No quiero que mi compañero ideal se me escape entre los dedos porque tú estés dando largas.

Beth sintió deseos de sugerir que deberían ir sin ella y dejarla con su jardinería y sus sueños de convertirse en una botánica famosa, pero sabía que aquello entristecería a su madre, así que no dijo nada. Pasaron un rato hablando de los preparativos, cuándo viajarían y a quién se llevarían. Jeanette, la doncella de su madre, las acompañaría, por supuesto,

y la señorita Andover, conocida como Nan, que había sido su profesora y después accedió a adoptar el papel de doncella de las jóvenes. Ya no necesitaban maestra y ella decidió que eso era mejor que quedarse sin trabajo. El cochero las llevaría, y Edward Grimble, el joven mozo de cuadras, montaría a la yegua de Livvy, Zephyr. Livvy se negaba a ir sin su caballo, y su madre no le permitía cabalgar sola hasta Londres.

—¿Y tú? —le preguntó James a Beth—. ¿Quieres llevar tu montura a la ciudad?

Beth deseó poder sugerir que Toby llevara su caballo a Londres. Así al menos podría tener una compañía sensata, alguien con quien poder hablar. Tal vez incluso pudieran ir juntos a los jardines de Kew, pero sabía que aquello era demasiado pedir. Toby no dejaría su trabajo en el jardín; la naturaleza no podía esperar por sus deseos.

—Estaré encantada alquilando una montura, tío. Gracias —dijo.

—Entonces, ¿quedamos en salir dentro de diez días? Así estaréis allí justo al comienzo de la temporada.

—¿Y nos invitarán a la coronación? —preguntó Livvy.

—Oh, Livvy, no creo que quieras asistir a eso —dijo Beth—. Vestirse con tanta ropa con el calor que hace en verano y permanecer de pie durante horas y horas, ¿y todo para qué?

—Para ver al rey y a la reina coronados, por supuesto.

—Si a su Majestad se le permite estar en la ceremonia —añadió Beth. No tenía una buena opinión de la Familia Real debido a las numerosas aventuras del rey y sus esfuerzos por desacreditar a su esposa para poder divorciase de ella y no tener que reconocerla como reina. No lo había conseguido, y Carolina seguía siendo la reina aunque el rey Jorge se negara a tener ninguna relación con ella y vivieran separados. Ahora la pregunta era, ¿sería coronada junto a él?

—Tú vas a ir, ¿verdad, tío James? —quiso saber Livvy.

—No tengo opción, no sólo porque se espera que asistan todos los aristócratas, sino porque soy del séquito de Su Majestad y formo parte de los preparativos.

—En ese caso, ¿por qué cargar con la responsabilidad extra de llevarnos a nosotras? —preguntó Beth.

—Eso, mi querida Beth, será un placer y un privilegio.

Belt sintió como si la estuvieran arrojando hacia el desastre. Tendría que fingir que se estaba divirtiendo o su madre se sentiría herida y su tío molesto. Pero era de naturaleza sincera, y fingir le costaría trabajo. Y tendría que dejar Beechgrove cuando todo estaba empezando a crecer, cuando todos los especímenes raros que Toby había llevado y había cuidado comenzaban a mostrarse.

—Pero querida, todo seguirá aquí al final de la temporada —dijo su madre cuando trató de explicarle cómo se sentía.

Harriet había entrado en la habitación de su hija para decirle buenas noches, como hacía siempre, y estaba sentada en la cama a su lado.

—No es que vayas a irte para siempre. Aunque encontraras un marido, vendrías a casa para casarte aquí.

—No puedo imaginarme encontrando esposo entre los petimetres que pululan por la ciudad acechando a las damas como si fueran ganado expuesto en una feria.

—No todos son así. Yo conocí a tu padre durante mi primera temporada y no era ningún petimetre. Era guapo, inteligente y en absoluto afectado.

—Tuviste suerte.

—¿Y quién dice que tú no tendrás suerte también? Y si no conoces a nadie que te guste, tampoco pasaría nada.

—Sí, mamá.

—Mañana iremos a Sudbury y le diremos a *madame* Bonchance que nos haga ropa de viaje. El resto de las compras puede esperar a nuestra llegada. El duque se ha ofrecido a pagar nuestras facturas.

—¿Por qué? No somos los parientes pobres, ¿verdad?

—No, no somos exactamente pobres, querida, pero tampoco tan ricas como tu tío. Para ser sinceros, no somos ricas en absoluto. Nunca antes te había hablado de esto, pero ahora debo confesarte que el dinero que tu querido padre nos dejó ha ido a cubrir las necesidades de la finca y sus inversiones no han

resultado tan buenas como se esperaba. Necesitamos ser austeras.

—¿Significa eso que no tenemos dote?

—Oh, no es tan grave. James os proporcionará vuestras dotes, eso se da por hecho.

—¿No sería mejor que me permitieras ganarme la vida?

—¡Cielos, no! ¿Qué te hace pensar eso? Eso no estaría bien visto en absoluto, y menos por tu tío. No permitiría que se dijera que no puede cuidar de las hijas de su hermana. —Harriet se detuvo un instante y frunció el ceño—. ¿Te ha estado llenando la cabeza Toby con estas tonterías sobre trabajar para vivir?

—No, en absoluto. Toby no es así. Siempre se ha comportado adecuadamente. Pero, mamá, él tiene que trabajar, igual que su padre y el resto de los criados, y todos parecen contentos.

—Lo dudo. Y además, no es lo mismo. Ellos han nacido para eso, saben que es su papel en la vida, pero no es el tuyo. Estoy empezando a arrepentirme de haberte dicho nada.

Beth abrazó a su madre.

—Oh, mamá, siempre hemos podido decírnoslo todo, y no me gustaría que pensaras que no puedes contarme las cosas.

Harriet besó a su hija en la frente.

—Entonces demos gracias por lo que tenemos. Y, Beth, no es necesario que le digas nada a Livvy.

—No, por supuesto que no. Será nuestro secreto.

Su madre se marchó y Beth apagó la vela, pero no se durmió al instante. No podía dejar de pensar en

la confesión de su madre y se preguntó en la diferencia que eso creaba en su vida. ¿Tendría que aceptar una proposición de matrimonio sólo porque viniera de un hombre rico, capaz de conservar el antiguo estilo de vida de Beechgrove? Y si no lo hacía, ¿significaría eso que tendrían que prescindir de algunos criados? Su madre no había sustituido a la última doncella que se había marchado para casarse. ¿Tendría que irse Toby? Su sueño más íntimo, aquél en el que ella se ofrecía a financiarle su viaje de exploración con la condición de que la llevara con él no era más que eso: un sueño. Eso hacía que le dieran ganas de llorar, no sólo por ella, sino también por Toby. ¿Lograría el mismo objetivo con un marido rico? Beth golpeó la almohada con furia. No se sentía con fuerzas para cargar con aquel fardo.

Tras recorrer la hacienda con el señor Kendall, el duque partió a mediodía y por la tarde, las jóvenes acompañaron a su madre a la modista en Sudbury, el pueblo más cercano, y encargaron vestidos de viaje y accesorios.

Al día siguiente, Beth consiguió escaparse al cobertizo donde esperaba encontrar a Toby trabajando. Pero no estaba por ninguna parte.

Estaba a punto de regresar a la casa, pero cambió de opinión. Había ido para hablar con Toby de los últimos acontecimientos y no quería marcharse sin desahogarse. Se dirigió hacia la casa del huerto, donde Toby vivía con su padre.

—¿Está Toby? —preguntó cuando el señor Kendall en persona abrió la puerta. Era un hombre bien educado que había manejado la hacienda desde la muerte del padre de Beth. Su madre confiaba plenamente en él, y el señor Kendall respondía trabajando arduamente. Beth había dado por hecho que se trataba de una tarea fácil, pero tras la revelación de su madre, supo que para él debía ser cada vez más difícil. El pobre Toby nunca podría realizar sus viajes a menos que ocurriera un milagro. Beth estaba tan triste por él como por sí misma, por tener que pasar por la farsa de escoger esposo.

—No, señorita Elizabeth, se ha ido.

Entonces ella percibió el brillo de sus ojos grises y su gesto triste. ¿Qué había ocurrido?

—¿Cómo que se ha ido? —preguntó.

—Se ha marchado de viaje. A Calcuta —estaba claro que aquella noticia no complacía al hombre que tenía delante.

—Pero, ¿cómo ha podido? —el día anterior le estaba diciendo que no sabía cómo se las iba a arreglar. ¿Qué había sucedido?

—Señorita Elizabeth, creo que debería irse a casa.

—Lo haré cuando me diga de qué va todo esto. ¿Cómo puede haberse ido en un abrir y cerrar de ojos? Hay muchas cosas que hacer en el jardín y en el invernadero, y no creo que se las haya dejado encargadas a nadie.

—Así ha sido. Le ha dado instrucciones al muchacho de Pershore.

—No me lo creo. Él no se iría así, sin despedirse de mí. Y las instrucciones me las habría dado a mí. Sabe que yo las seguiría al pie de la letra.

—Es por el bien de todos —dijo él con sequedad.

Fue entonces cuando se le encendió la luz. A Toby le habían obligado a irse, no fue elección suya.

—¿Quién le dijo que se fuera? —inquirió Beth—. ¿Y por qué?

—Váyase a casa, señorita Elizabeth, por favor. No es adecuado que esté aquí. Hágale las preguntas a su madre.

¿Qué sabía su madre de aquello? Una sospecha comenzó a crecer en su cabeza.

—Lo haré. Gracias, señor Kendall.

Apenas podía esperar a ver a su madre, así que abrió la puerta de su gabinete. Su madre alzó la vista de la carta que estaba escribiendo y se enfrentó a la furiosa mirada de su hija.

—¿Qué ocurre, Beth?

—Toby se ha ido.

—Sí, lo sé. Siempre ha deseado viajar para encontrar nuevas plantas y surgió la oportunidad…

—En el momento más adecuado, parece —la interrumpió Beth—. Ha sido tan repentino que no se le ha permitido ni siquiera despedirse de mí.

—Es lo mejor para todos.

—Eso fue lo que dijo el señor Kendall. Quiero saber a qué se refería.

—Siéntate, Beth, y cálmate.

Beth aspiró con fuerza el aire y se dejó caer en el taburete que había cerca de la silla de su madre.

—Estoy tranquila.

Harriet sonrió. Su hija no estaba calmada, pero estaba esperando una respuesta y se la merecía.

—Ya sabes que Toby siempre ha dicho que quería partir en una expedición botánica.

—Claro que lo sé. Yo fui quien te lo contó a ti.

—Bien, le ha surgido la oportunidad de irse, y era demasiado buena como para rechazarla.

—Pero mamá, se ha ido sin mí.

—Por supuesto. No pensarías de verdad que se te permitiría ir con él, ¿verdad?

Beth se la quedó mirando fijamente.

—Le habéis apartado de mí, ¿verdad? Me preguntaba a qué te referías cuando me dijiste que me había estado llenando la cabeza de ideas respecto a trabajar para ganarme la vida. Tenías miedo de que yo… ¿Qué pensabas que haría, mamá? ¿Fugarme con él?

—No, por supuesto que no —respondió Harriet tan rápidamente que Beth supo que había estado muy cerca—. Pero debes admitir que has estado viéndolo mucho, y creo que él es la razón por la que no quieres ir a Londres.

—Eso no tiene nada que ver con Toby.

—En cualquier caso, un tiempo separados será beneficioso para…

—¿Y qué ha dicho Toby?

—Lo comprendió.

—¡El muy traidor!

—No, sólo ha sido sensato —Harriet sonrió.

—¿Por qué no me ha dicho adiós? ¿Se lo prohibiste?

—No, fue decisión suya. Sin duda escribirá a su padre con frecuencia y el señor Kendall nos dará noticias suyas.

Los pensamientos de Beth dieron un giro completo.

—Pero, ¿de dónde ha salido el dinero? Después de que lo me contaste…

—Beth…

—¡El tío James! El duque de Belfont es lo suficientemente rico como para comprar a la gente —Beth se rió con aspereza, y su madre dio un respingo—. Todo esto no era necesario. No hacía falta que me separaran de Toby. No había nada entre nosotros, ni lo iba a haber. Lo conozco desde que era una niña pequeña, y para mí es como un hermano. ¿No lo entiendes?

Harriet suspiró, consciente de que había cometido un error al confiarle sus temores a James. Su hermano había hecho lo que consideraba mejor, pero no habían reflexionado mucho al respecto.

—Lo siento, Beth, lo siento de veras. Pero debes comprender…

—Oh, lo comprendo, mamá. Comprendo que no tengo nada que decir respecto a cómo vivir mi vida.

Y dicho aquello se dirigió a su propia habitación, donde se tiró sobre la cama y sollozó. Si no podía hacerse entender por su madre, ¿con quién podía hablar? Sólo había otra persona, y era Toby. Pero Toby se había marchado sin decir una palabra. ¿Cómo le habían convencido con tanta facilidad? Beth sabía que siempre había deseado ir a una expe-

dición botánica, y la tentación de aceptar lo que le hubieran ofrecido debió ser muy poderosa. No podía culparle por ello. Pero, ¿por qué marcharse sin una explicación, o sin siquiera decirle adiós? Eso era lo que más le dolía.

¿Estaría ya muy lejos? No podía haber zarpado todavía porque tendría que pasar por Londres para equiparse y reservar un camarote en un barco, sin duda uno de esos mercantes que cubrían la ruta entre la India e Inglaterra. Podría alcanzarle antes de que zarpara sólo para hablar con él, para decirle que ella no sabía nada de que fueran a obligarlo a marcharse, y para despedirse. Se imaginó su rostro iluminándose al verla. La tomaría de la mano y la llevaría a bordo para enseñarle su camarote y el equipamiento que había llevado consigo, y cuando el barco fuera a zarpar, Beth regresaría al muelle y se quedaría mirando el barco hasta que desapareciera de su vista.

Cuanto más pensaba en ello, más posible le parecía. Lo único que tenía que hacer era averiguar el nombre del mercante, tomar la diligencia a Londres y alquilar un coche que la llevara hasta los muelles. Allí estaría Toby. Sabía que no podía marcharse con él, pero en compensación podría estar allí cuando zarpara y podría tranquilizarle, asegurándole que ella no estaba al tanto de los planes de su madre y su tío. Las lágrimas se le secaron en las mejillas. Se puso de pie y corrió hacia el estudio, donde encontró el periódico que su tío había estado leyendo después de la cena de dos días atrás.

Se sentó y buscó a toda prisa las noticias portua-

rias. Y allí estaba. El Princesa Carlota había llegado de los muelles orientales de la India con un cargamento de té, especias y objetos ornamentales, y estaba previsto que zarpara de nuevo en cuanto hubiera embarcado pasajeros y mercancía. La Compañía de las Indias Orientales se jactaba de la rapidez de sus trayectos. Pero, suponiendo que Beth llegara hasta allí y Toby no fuera a zarpar en el Princesa Carlota, ¿qué haría? Tendría que darse la vuelta y volver a casa, pero… ¡menuda aventura!

Se quedó sentada viendo las letras impresas hasta que las palabras le bailaron delante de los ojos. El Princesa Carlota zarpaba al día siguiente por la tarde… ¿se atrevería a ir? ¿Qué diría su madre? Pero no estaba huyendo ni nada por el estilo, sólo iba a despedir a un amigo que partía de viaje, y regresaría antes incluso de que la echaran de menos.

Beth dejó el periódico donde estaba y corrió hacia su habitación, donde miró en su bolsa para contar el dinero que tenía. Su tío les había dado cinco guineas a cada una para que se compraran algunas fruslerías para su viaje a Londres, y Beth no se había gastado las suyas. Con eso bastaría para la diligencia y para comer algo. Sonrió al pensar en lo que diría su tío si supiera que su generosidad había hecho posible su viaje.

Beth no supo cómo, pero consiguió comportarse con normalidad durante la cena. Después se sentó en el gabinete con su madre y con Livvy, que estaba emocionada con todas las cosas que iba a hacer en Londres. Beth se excusó lo más rápidamente que

pudo diciendo que estaba cansada y subió a su habitación. Tenía que acostarse pronto si quería levantarse temprano, pero aun así le costó trabajo dormirse.

La despertó el coro que había al otro lado de la ventana, y ella les dio en silencio las gracias a los pájaros, porque de no ser por ellos se habría quedado dormida y hubiera perdido la diligencia. Se sentó en su escritorio para escribirle una nota a su madre, que dejó sobre la almohada y luego se vistió rápidamente con los pantalones de su padre y una camisa limpia. También había un abrigo largo con grandes bolsillos completamente pasado de moda, pero a ella eso no le importaba. Sería más seguro viajar como un joven. Completó el conjunto con botas de montar y un sombrero de tres picos. Se ató el largo cabello y lo ocultó bajo el sombrero. Luego metió la bolsa con el dinero en el bolsillo del abrigo y abrió la puerta del dormitorio.

No había nadie a la vista. Bajó sigilosamente las escaleras, consciente de cada crujido de sus pisadas y del ruido de utensilios que surgía de la cocina, donde la doncella estaba iniciando sus tareas del día. Beth descorrió con cuidado los cerrojos de la puerta principal, salió por ella y bajó a toda prisa por el camino.

El camino hasta Sudbury era un paseo corto, y la única preocupación de Beth era que nadie la viera ni la reconociera, pero como todavía no había mucha luz, pensaba que su disfraz funcionaría. Nunca antes había estado en una posada, ni había viajado en un coche público, ni siquiera había salido sin acompa-

ñante, y estaba nerviosa. Armándose de valor, se acercó a la oficina de despacho de billetes y pidió un asiento para la siguiente diligencia con destino a Londres. Apenas le habían entregado el billete cuando llegó el coche con los mozos de cuadra apresurados y los caballos sudorosos. Cambiaron de caballos, llamaron a los pasajeros que iniciaban su viaje en Sudbury y se pusieron en camino.

Cuando dejaron el pueblo atrás, Beth, que estaba aprisionada entre una dama gorda y un campesino que no se había lavado desde hacía un año, comenzó a darse cuenta de la magnitud de lo que había hecho. La culpa se apoderó de ella. ¿Se habría dado cuenta ya su madre de que no estaba? ¿Estaría enfadada? ¿Enviaría a alguien tras ella? No había necesidad de aquello, pensó Beth, considerando que en la nota había dejado muy claro que regresaría a la mañana siguiente.

Los demás pasajeros la estaban mirando con extrañeza, y Beth se acomodó en el asiento mientras deseaba poder detener el coche y bajarse. Fingió mirar el paisaje a través de la ventana, y se recriminó su falta de valor. ¿Qué tenía de peligroso viajar en una diligencia? La gente lo hacía constantemente.

Continuaron el viaje deteniéndose de vez en cuando para cambiar de caballos y que subieran y bajaran pasajeros, y unas siete horas después de la salida, Beth se bajó en Picadilly. Estaba hambrienta, y consideró la posibilidad de entrar en una posada y pedir algo de comer, pero volvió a ponerse nerviosa y decidió esperar a ver a Toby. Comerían juntos mientras charlaban.

—¿Dónde puedo conseguir un coche de alquiler? —le preguntó a uno de los mozos.

—Hay una fila de ellos en la calle. Escoge el que quieras —respondió el mozo sin detenerse.

Beth se sintió inclinada a molestarse por su falta de cortesía, pero entonces recordó que se suponía que era un muchacho. Le dio las gracias al mozo y fue en busca del coche.

Media hora más tarde se bajaba en la entrada de los muelles de la Compañía de las Indias Orientales. El olor del río lo dominaba todo, y más allá de las construcciones del muelle se distinguían los altos mástiles de los barcos anclados. Beth caminó despacio, sintiéndose insegura. Había mucha actividad en los muelles. Estibadores, marineros, pasajeros, equipajes y montañas de mercancías competían por el espacio disponible. Estaban descargando un barco, pero otro estaba casi a punto de zarpar, a juzgar por los marineros que se movían por la cubierta. El nombre que tenía escrito en el casco era Princesa Carlota. No habían levantado todavía la pasarela, y Beth corrió hacia ella, preguntándose si se atrevería a subir a bordo. Un grupo de marineros se quedó mirándola mientras vacilaba.

—¿Vas a huir hacia el mar? —le preguntó de repente uno de ellos.

—No. Voy a ver a un amigo… —Beth se detuvo bruscamente, porque se estaban riendo.

—A ver a un amigo, ¿eh? —dijo el hombre avanzando hacia ella—. ¿Y ese amigo viene o se va?

—Se va. En el Princesa Carlota.

—Entonces ten cuidado de que no te lleve consigo. Los chicos guapos como tú son bienvenidos.

Beth se apartó de él, asustada por su terrorífica risa. Se preguntó si debía salir corriendo, pero decidió que eso empeoraría las cosas y se quedó donde estaba.

Andrew Melhurst estaba dirigiendo la carga en el coche del equipaje que estaba en las dependencias de los pasajeros. Resultaba extraordinaria la cantidad de cosas que había acumulado tras siete años viviendo fuera. Antes de salir había apartado sólo lo necesario, pero todavía había cosas suficientes como para llenar un coche entero. Las habían dejado en el muelle cuando descargaron el barco, como si la compañía naviera no quisiera saber nada más del asunto tras llegar hasta allí. Demasiado preocupado por la salud de su abuelo como para llevárselo en aquel momento, Andrew pagó para que le guardaran el equipaje en las dependencias para pasajeros y se fue a casa con la intención de enviar a alguien a buscarlo.

Se sintió aliviado al saber que el viejo lord Melhurst se había recuperado mientras él estaba en altamar, así que decidió regresar él mismo acompañado de un par de trabajadores de la hacienda y alquilar un coche para llevarse sus posesiones. Además de las pertenencias habituales, como ropa y objetos personales, había antigüedades, animales disecados y semillas cuidadosamente envueltas que había recolectado en las montañas del Himalaya con

la esperanza de hacerlas crecer. También había traído dos plantas en unos contenedores especiales.

Se percató del muchacho que estaba al pie de la pasarela frente al grupo de marineros porque parecía muy nervioso. Dio por hecho que se trataba de un grumete novato, a juzgar por su esbelta figura y la suavidad de las mejillas. Demasiado suaves para la ruda vida del mar, pensó. ¿Se habría visto obligado a estar allí por un padre impaciente de verlo hecho un hombre? La ropa le quedaba grande y estaba muy pasada de moda, aunque se veía de buena calidad. Así que pertenecía a una buena familia que tal vez estuviera atravesando tiempos difíciles. Estaba claro que los marineros pretendían pasar un buen rato a su costa, y el joven parecía sin duda nervioso.

—Dejad al chico en paz —dijo acercándose a ellos.

Lo dijo con voz calmada, pero con tal autoridad que al instante lo obedecieron. Los hombres se apartaron de allí riéndose y el muchacho se giró hacia él.

—Gracias, señor —todavía tenía la voz de niño, no le había cambiado—. ¿Llego demasiado tarde para subir a bordo?

—Si la pasarela sigue bajada, no, pero tienes que darte prisa. Seguramente recibirás una reprimenda por llegar tarde.

—¿Una reprimenda? —repitió Beth recordando que debía poner más grave la voz—. Os confundís, señor. Deseo hablar con alguien que está a bordo antes de que el barco zarpe.

—Ah, ya veo —Andrew observó de cerca aquel

rostro ovalado, los atormentados ojos marrones y el modo en que el pecho del joven subía y bajaba con cierta aprensión. ¡Dios Santo! No se trataba de un chico, sino de una muchacha. Y muy bonita. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que aquel cuerpo pertenecía a un grumete? ¿Iría detrás de su amante? ¿Intentaba ese amante huir?

—¿Está permitido subir? —preguntó ella señalando hacia la cubierta con la cabeza.

—Si yo fuera tú, no me arriesgaría —dijo Andrew pensando en la tripulación, que sin duda se burlaría de ella como habían hecho antes los marineros. Por no mencionar la humillación de descubrir que su amante no quería estar con ella—. Dime el nombre del pasajero y yo iré a buscarlo por ti. Tal vez haya todavía algo de tiempo.

—Oh, ¿haríais eso? —la sonrisa de la joven resultaba absolutamente femenina—. Se llama Toby Kendall. Viaja de pasajero.

Andrew corrió hacia la pasarela y le dijo unas palabras al marinero que estaba arriba de ella, dispuesto a hacer la señal para que la levantaran. Beth vio cómo desaparecía. Mantuvo los ojos clavados en la cubierta, esperando ver a Toby correr hacia ella. Pero no ocurrió nada. La actividad de la cubierta fue disminuyendo. Alguien se acercó al último cabo atado para soltar amarras y zarpar. Beth empezó a preguntarse si el hombre que había subido a bordo con su recado no se vería atrapado allí dentro. Tenía el corazón en un puño.

Distinguió un movimiento, pero no se trataba de

Toby corriendo a su encuentro, sino del hombre. ¿Significaba eso que Toby no estaba a bordo? ¿Habría embarcado en otro navío?

—¿No está a bordo? —preguntó cuando el hombre se reunió con ella.

—Sí, señorita Harley, pero no ha querido salir.

—¡No os creo! —tan agitada estaba que no se había dado cuenta de que se había dirigido a ella por su nombre—. Él no se negaría a verme.

—No tengo costumbre de mentir, señorita Harley.

El énfasis que puso al pronunciar su nombre hizo que se diera cuenta de que Toby la había delatado.

—¿Sabéis quien soy?

—Por supuesto que sí —Beth escuchó a la espalda del hombre las órdenes de la marinería, y fue consciente de que estaban soltando la última amarra y recogiendo la pasarela—. La pregunta es, ¿qué voy a hacer contigo?

—¿A qué os referís? —el barco estaba empezando a moverse. Los marineros iban ahora de un lado a otro, y casi escondido tras un soporte, vio un rostro familiar—. ¡Toby! —gritó agitando la mano como una posesa.

Él también la saludó. Estaba diciendo algo, pero Beth no distinguió de qué se trataba. Fue entonces cuando se dio cuenta del lío en el que estaba metida. Toby se había negado a verla, estaba a muchos kilómetros de su casa, a solas con un hombre que sabía que ella era una mujer. Si antes estaba nerviosa, ahora estaba aterrorizada. Miró a su alrededor. A un lado quedaba el río, turbio y plagado de deshechos.